

VI

Recuerdos, Amor y Esperanzas.

El mismo día en que Arturo recibió una especie de desaire de la voluble Aurora, el capitán Manuel tuvo una entrevista con su querida: hacia tres años que se habían separado, y por primera vez se vieron en el gran baile. Como debe suponerse, no pudieron hablarse allí sino muy pocas palabras; pero fué lo bastante para que á pesar de las dificultades y riesgos, combinaran una entrevista. Manuel conocía á una mujer que se mantenía de lavar y coser ropa de hombres solos, y que vivía en una calle un poco separada del centro de la ciudad: allí pensó Manuel que con seguridad podría platicar á su sabor con Teresa; y dándole á esta las señas, arreglaron la hora, que fué la de las nueve de la mañana. La casa de la lavandera estaba en el primer piso, daba á la calle y constaba de dos piezas, una pequeña cocina y un reducido patio. En vez de la suciedad y del abandono, que segun hemos dicho,

hay en la mayor parte de las accesorias de los barrios, todo respiraba allí aseo. El primer cuarto, que servía de sala y de taller al mismo tiempo, estaba envigado perfectamente, pintado de un amarillo bajo, y tan limpio, que ni aun el polvo que levanta el viento se notaba. En las paredes, de un blanco brillante, había algunos grabados finos de modas, de batallas de Napoleón y de santos y vírgenes. Esta extraña mezcla de estampas, resultaba de las necesidades de la lavandera: como devota y buena cristiana, necesitaba de imágenes ante quienes rezar; como algo ilustrada y de un gusto perfecto en su profesión, quería las estampas de modas para arreglarse á ellas al tiempo de planchar la ropa; y en cuanto á los cuadros de Napoleón, le había sido forzoso recibirlos de manos de un joven elegante, que demasiado honrado, quiso pagar de alguna manera el trabajo de la excelente lavandera. El ajuar de esta sala se componía de unas sillas, de un par de rinconeras y de una mesa redonda, todo pintado á imitación de la caoba, colocado en su lugar, y perfectamente lustroso y bien conservado: en las mesas de rincón, en vez de ricos floreros de cristal ó estatuas, había unas modestas jarras de porcelana, de cuyo cuello se desprendían unos ramilletes compuestos de claveles, de rosas, de chícharos, de amapolas y de otras mil flores, cuyo olor se difundía en la atmósfera de esta modesta habitación. En medio de la sala había una gran mesa de cedro, en donde estaban extendidas multitud de piezas de ropa, y en el suelo una hornilla portátil donde se calentaban las planchas.

La recámara era mas pequeña, y contenia un antiguo armario ó ropero chino, pintado de encarnado y con labores y relieves dorados; y el lecho, que merecia ser observado cuidadosamente. Las almohadas, de seda encarnada, tenian unas fundas llenas de primorosos calados imitando los encages mas exquisitos; la sobrecama era blanca, de un algodón finísimo, y recamada con bordados de seda de vivos colores, imitando campiñas, montañas, animales feroces de toda especie, y figuras de hombres y mujeres las mas caprichosas y fantásticas: era un mosaico curioso, que merecia estar detrás de la vidriera de un museo. Sobresalian un poco las sábanas de lino, bordadas con curiosas orlas y tejidos de algodón; y todo esto era obra de la lavandera, que habia dedicado sus ratos de ocio á ordenar su lecho, si no con la ostentacion de un rico, sí con toda la cómoda voluptuosidad de que es capaz una gente de la clase pobre y trabajadora de México. Toda la recámara estaba llena de claveros y cordeles, de donde pendian trages blanquísimos interiores, y de hermosas muselinas: todos estos, limpios y lustrosos. Habia no sé qué atractivo secreto en este cuarto de la lavandera, que involuntariamente se venia á la imaginacion que estos trages pertenecian quizá á otras tantas hermosuras.

El pequeño patio no desdecia de las piezas de que se ha hablado: una higuera y un frondoso fresno le formaban un toldo de verdura. Al derredor del fresno habia algunas macetas de plantas trepadoras, que enredaban sus hojas en el tronco de los dos árboles.

Algunas campánulas y mastuerzos subian por las paredes y ostentaban su hermosura, en vez de las doradas molduras de los patios de las casas particulares. En medio de estas plantas verdes y hermosas, se veian las jaulas, con zenzontlis y calandrias que saltaban y gorjeaban contentos: dos ó tres gallinas vagaban por el patio, y un corderillo, limpio, peinado y con una campanilla al cuello, estaba atado á un poste. Tal era la habitacion de la lavandera; y si nos hemos detenido en estos pormenores, no es sino por la idea que tenemos de dar á conocer, en cuanto sea posible, las diversas clases de que se compone la sociedad de México.

La dueña de esta casa estaba en armonía, por decirlo así, con cuanto la rodeaba. Tenia como treinta años; era alta y robusta, de color moreno y cutis finísimo: su pié pequeño y su pierna redonda y bien torneada, lucian perfectamente, pues vestia unas enaguas altas de fina muselina, y las ropas interiores estaban adornadas con encages y calados tan curiosos como los de su lecho: calzaba siempre un zapato de seda verde-oscuro. Su camisa, dejando descubierto mucho de su cuello, estaba bordada con chaquira negra, formando labores de las cuales se desprendian unos botoncitos ó adornos que llaman *piñitas*. La fisonomía de esta mujer era, si no hermosa, al menos agradable: tenia grandes ojos negros, labios gruesos pero frescos, una dentadura blanquísima, mejillas encarnadas, en las que se revelaba la salud y la robustez; y su pelo negro pasaba dividido en dos bandas por encima de las orejas y anudado por detras con listones rojos: tal era la pro-

pietaria de esta casa. Como lavandera de profesion, tenia conocimiento con las mejores casas de México: su exactitud, su habilidad y su honradez le habian dado mucha fama, y con esto le sobaban parroquianos. Se levantaba con la luz; aseaba cuidadosamente la casa, limpiaba las jaulas de los pájaros, y en seguida se ponía á trabajar hasta las ocho ó las nueve de la noche, sin mas interrupcion que las horas precisas para comer. Tenia á su cargo, durante la mañana, algunas muchachas oficialas, y así lograba cumplir con todo lo que se le encomendaba.

A esa mujer, pues, ocurrió Manuel: impaciente toda la noche, apenas pudo cerrar los ojos, y á la mañana siguiente, antes de las siete, se dirigió á la casa de la lavandera.

Esta se hallaba ocupada en sus quehaceres; y limpia y alegre, cantaba una de esas canciones populares, tan lindas, y que á veces tienen mas eco en el corazon que la sublime música de las óperas.

—Dios te guarde, Mariana, le dijo el capitan entrando y pasándole familiarmente el brazo por el cuello.

—Buenos dias señor capitan, le contestó la lavandera, interrumpiendo su cancion. ¿Qué se ofrece, que tan de madrugada anda vd. por estos barrios? ¿Quiere vd. su ropa ya, cuando apenas es juéves?

—No se trata de ropa ahora, Mariana, continuó el capitan sentándose, sino de pedirte un favor. ¿Me lo concederás?

—Segun sea. Ya vd. sabe que, aunque pobre, soy honrada, y vivo de mi trabajo.

—Tampoco se trata de que dejes de ser honrada, Mariana.

—Pues entonces, ¿qué me pediria vd. que sea yo capaz de negarle?

—Deseo tener una conversacion, en tu casa, con una jóven....

—Vaya, señor capitan! Vd. quiere quitarme el crédito....

—Por qué, Mariana?

—Porque ya vd. ve.... esas citas de señoras de coche en casa de una pobre, como soy yo.... Luego no querrán fiarme su ropa las gentes decentes, y....

—Has salido de ejercicios, Mariana? ¿Te has confesado ayer, que estás hoy tan escrupulosa?

—Bien sabe Dios, contestó con voz compungida la lavandera, que soy una gran pecadora; pero mi casa es muy honrada....

—Que se te quiten esos temores: la mujer que hoy debe venir aquí, es muy desgraciada....

—De veras?

—Positivamente.

—Su marido la molestará acaso; sus padres le prohibirán que le hable á vd.... ¿no es verdad? En ese caso consiento, con todo mi corazon. Soy enemiga declarada de los maridos imprudentes y de los padres tiranos. Pregúntele vd. á las niñas Doloritas, y Antonita, y Lugardita, y....

—Jesus, Mariana! le interrumpió el capitan; y dices que eres buena cristiana.

—Pero eso sí, nada de malo han hablado; se han

dicho que se quieren; pero todo conforme Dios manda. Le contaré á vd., señor capitan, un cuento muy divertido....

—Lo dejaremos para otro dia, si te parece, Mariana, dijo el capitan algo violento; por ahora márchate, que deseo estar solo.

—Márchate! repitió Mariana, remedando la voz del capitan.... como si fuera eso tan fácil; y mi trabajo, y el tiempo que pierdo....

—Toma, Mariana, le dijo el capitan, quitándose un anillo de oro y esmalte que tenia en el dedo; es muy justo que te indemnice; pero vete pronto, y acuérdate de que mis bolsillos han estado siempre abiertos para tí....

—Guapo y liberal como el capitan, no hay ninguno! exclamó Mariana mirando el anillo y pasándolo á su dedo. Me voy, me voy: cuidado con espantar á mis pájaros y á mi borrego, ni descomponer los vestidos, ni la cama, ¡eh, señor capitan!

Mariana se puso encima unas enaguas limpias; tomó su rebozo reluciente de seda, y salió de su casa, haciendo nuevas recomendaciones.

El capitan quedó solo: lo necesitaba por cierto. Cuando despues de mucho tiempo se va á hablar, á ver, quizá á estrechar contra el corazón á una mujer que se ha idolatrado en los primeros años de la vida, se necesita prepararse con lá meditacion y el aislamiento para un acto tan sublime. Cuando alguna vez nos hemos aislado de todo cuanto nos rodea, para no creer mas que en una mujer, para no pensar mas que en

ella, y para no adorar sino á ella sola, hemos comprendido los éxtasis de los santos, hemos creído entonces en la vida contemplativa de los anacoretas, á quienes el amor y la esperanza han hecho felices por muchos años en medio del desierto y de la silenciosa soledad. Si algo hay de divino en la miserable organizacion humana, es el amor.

Luego que salió Mariana, el capitan quedó inmóbil, mudo, fuera de sí; su corazón latia con fuerza; una especie de calor frío recorría todo su cuerpo; y pálido, silencioso y con la respiracion trabajosa, se dirigió á un sillón, se sentó, é inclinó su cabeza sobre el pecho. Cualquiera habria dicho que este hombre agonizaba, cuando no hacia mas que aguardar á una querida. Si las mujeres vieran cómo sufrimos, con qué vehemencia las amamos, jamas nos harian una traicion.

El capitan permanecía con la cabeza inclinada y los ojos entrecerrados: todos sus pensamientos, todas sus potencias, toda su alma, su vida pasada y futura, aunque parezca atrevida la expresion, estaba reconcentrada en el pensamiento de Teresa. La veia venir pálida, doliente, desgraciada; pero se le figuraba que una auréola de luz la rodeaba; que ángeles con alas de oro y de esmalte la circundaban; que por do quiera que pasaba aquella mujer, dejaba un aroma desconocido, cuya esencia no podia definirse: Manuel se figuraba las delicias del cielo, y no las podia comprender sin la compañía de Teresa. Y á pesar de este amor, estos jóvenes no se casaron, sino que arrojados por un camino distinto, vagaron tres años solos, absolutamente

solos, porque hay seres sobre quienes pesa una negra fatalidad; porque rara vez se realiza esa fusion de dos almas en una; porque no es frecuente que se cumpla esta santa y sublime idea de unir con el matrimonio al hombre y á la mujer.

Manuel se levantó; dió algunos paseos por la sala, y salió despues al patiecillo: las calandrias cantaban; las campanulas pendian melancólicamente de sus tallos, como si fueran los arabescos de este toldo de verdura; y en el cáliz de los mastuerzos aun temblaban las gotas de rocío. Manuel suspiró, y sus ojos se llenaron involuntariamente de lágrimas: envidiaba la felicidad de Mariana, que exenta de pasiones, trabajaba como una hormiga para juntar algunos granos para el invierno de su vejez.

Dieron las nueve en el reloj de una iglesia cercana.

Cada vibracion de la campana fué á resonar en el corazon del capitán. Inquieto, salió á la puerta: la calle estaba solitaria; uno que otro hombre embozado, pero no sospechoso, se veia en ella: Manuel se metió agitado y dió unos paseos. Volvió á salir á la puerta, y en la esquina divisó una mujer de un cuerpo flexible y gallardo, vestida con un rico trage de seda negro y una mantilla, cuyo velo bordado de ricas y tupidas flores, cubria totalmente su rostro.

El corazon del capitán latió mas violentamente, y no se engañó: era Teresa, que vacilante y llena de temor, entró á la casa donde la aguardaba el capitán, con esa indefinible mezcla de alegría, de susto y de agitacion que hemos procurado describir.

—Teresa! le dijo el capitán tendiéndole la mano. Teresa no pudo responder, y apenas tuvo el tiempo necesario para echarse atras el espeso velo que le cubria el rostro, y dejarse caer en una silla.

—Estás muy pálida, le dijo el capitán. ¿Te ha sucedido algo?

—Nada, Manuel, le contestó la muchacha; hacia tres años que no te hablaba, que no tenia esas dulces conversaciones del tiempo de nuestros amores; y la idea de felicidad que hoy me aguardaba, me ha hecho un efecto terrible y que ni yo misma creia. Necesité de mucho esfuerzo para llegar aquí.

—Si vieras, Teresa, que me ha sucedido lo mismo! le dijo Manuel sentándose junto á ella, y clavando melancólicamente sus ojos en el rostro pálido é interesante de su querida.

—De veras, Manuel?

—Pon la mano en mi corazon, Teresa; verás cómo late. El capitán tomó la pequeña mano de la muchacha, y la puso sobre su pecho.

—Y no me has dejado de amar nunca? le dijo Teresa sonriendo tristemente.

—Nunca! nunca!

—Pero tú has sido feliz, ¿no es verdad?

—Ni un solo dia, Teresa; desde que te conocí, a despertar, al dormir, al hacer las mas insignificantes acciones de mi vida, siempre tu imágen ha estado delante de mis ojos y grabada en mi corazon. Puedo decir que has vivido conmigo, que tu alma ha estado dentro de la mia, y que he sentido el contacto de tu

mano, el calor de tu cuerpo, el sonido de tu voz. Yo creía que era posible olvidarte... pero ni un momento te he olvidado, Teresa; ya ves... Dios nos ha unido en pensamiento y en verdad; ¿por qué nos hemos de separar?

—Pero tú has tenido otras queridas, y tal vez las has amado....

—Te creía muerta, Teresa, como te lo dije la otra noche.

El rostro de Teresa se cubrió de una nube de tristeza; el capitán la observó, y con acento sincero y apasionado, continuó:

—Bien, ángel mio! si ahora me arrodillara delante de tí, y te dijera: Teresa, ningún amor mas que el tuyo ha llenado mi corazón; á ninguna mujer mas que á tí he visto con la confianza y con la ternura de una madre, de una amiga, de una esposa; en vez de placeres, no he tenido mas que desengaños y amarguras: he entrado en las casas de juego; he pasado las noches en las orgías, y he vivido en los cafés, reunido con una porción de hombres desmoralizados; he vagado errante de ciudad en ciudad buscando pendencias y aventuras; pero todo esto ha sido porque me faltaba mi Teresa, porque la creía en el sepulcro; y despechado, y sin porvenir, y sin esperanza, procuraba ahogar la tristeza y el fastidio que me consumían en una vida disipada, pero activa; si todo esto te lo revelara con el acento de la mas pura verdad, y te dijera: perdóname, Teresa mia; echa un velo sobre todas estas desgracias, y vuélveme tu amor; sé generosa, y dame

la felicidad y la paz del corazón, ¿no es verdad, que no serias cruel? ¿no es verdad que tu corazón bondadoso, no resistiria á estos ruegos, dichos con el acento del amor y la verdad?

Mientras el capitán decia estas palabras, que en efecto le salian de lo íntimo del corazón, se habia aproximado mas á Teresa, habia doblado la rodilla, y estrechado con sus dos manos la blanca mano que esta le habia abandonado.

Teresa estrechó las manos de Manuel, y cuando este levantó sus ojos, se encontraron con los de su querida, que estaban algo brillantes, con las lágrimas próximas á desprenderse y á rodar por sus mejillas.

Manuel estaba perdonado.

Las mujeres, Teresa, le dijo Manuel con acento solemne, y volviendo á tomar la postura que tenia al principio de la conversacion, son nuestros ángeles de guarda en el mundo. He encontrado ya á mi ángel, y desde hoy seré otro, Teresa mia. Pero dime tú ahora, ¿qué has hecho desde que no me ves? Acaso mientras yo estaba siempre pensando en tí, mientras era yo desgraciado, tu me habrias olvidado...

—Ni un instante, Manuel; los hombres son muy injustos; nos creen volubles é ingratas, y no ven que su memoria hace caer nuestras lágrimas sobre la tela que bordamos, ó el lienzo que cosemos. Cuando creía que me habias abandonado; que tantas protestas de amor eran mentira; que lo mismo que me escribias á mí lo decias á otras, entonces... me venían ganas de matarme.... pero despues pensaba en Dios; le

ofrecia mis pesares, y formaba la resolución de no amar á nadie mas que á Él; de abandonar el mundo, donde no veia mas que traicion y engaños. . . . de no volver á pensar jamas en tí. . . .

—Teresa: ¿y por qué hacias eso?

—Qué quieres? es uno de los tormentos á que se condena la mujer, cuando ama de veras: cada hora, cada minuto, asaltan nuevas dudas al corazon, y esto hace padecer mucho.

—Pero ahora estas tranquila, ¿no es verdad?

—Sí, Manuel, soy un poco menos desgraciada.

—Teresa, le dijo Manuel, mirándola fijamente con mucha ternura; ¿me concederías un favor?

—Cuál, Manuel?

—Cuando me separé de tí, me abrazaste; ahora que te vuelvo á ver, deseo que me des otro abrazo.

Teresa pasó su brazo por la espalda del capitan, y este estrechó á su querida contra el corazon, diciéndole:

—Teresa, soy el mas feliz de los hombres: no cambio una caricia tuya por todos los tesoros del mundo: quisiera que tu cuerpo se uniera al mio, y no hablar sino por tu voz, no oír sino por tus oídos, no ver sino por tus ojos. . . .

Teresa, encendida con una ligera tinta nácar, que se hacia mas notable por la palidez de su rostro, queria separarse de los brazos de Manuel; pero este le dijo con una voz muy suave:

—Así, bien mio, así; otro momento mas, porque me haces muy feliz.

Teresa abandonó su linda cabeza al capitan, que silencioso y extasiado acariciaba su negro cabello.

Después de un momento de este silencio solemne, de estas caricias llenas de amor y de inocencia, el capitan volvió á tomar la palabra.

—Ahora que estás mas tranquila, Teresa mia, cuéntame algo de lo que te ha pasado. ¿Adónde está tu madre? ¿Quién es ese hombre que te acompañaba?

—Mi madre murió, Manuel.

—Y ese hombre?

—Es mi tutor.

—Pero, Teresa, ¿qué no hemos de vernos en lo de adelante? ¿ha de acabar nuestro amor? ¿he de perder la esperanza de que seas mia? Eso es imposible.

—Ya lo veo, Manuel; pero si tú me amas, debes por lo mismo alejarte de mí.

—Alejarme de tí. . . . vida mia? siguió Manuel con voz muy suave. No; jamas: una vez que te he vuelto á encontrar, te veré, te hablaré, á pesar de todo el mundo.

—Y si hubiera un imposible?

—Cuál, Teresa? . . . Solo que tú me arrojes de tu lado, solo que no me ames. . . .

—Y si fuera yo casada?

—Casada! repitió Manuel con cólera, levantándose de su asiento. Tú me engañas, Teresa; eso no puede ser.

—Es la verdad, dijo Teresa en voz baja, é inclinando la cabeza sobre el pecho.

—Me has hecho muy desgraciado, Teresa: y luego

en un de rpto de desesperacion, exclamó: ¿Y qué importa que seas casada? Te arrancaré del lado de tu marido, y serás mia, siempre mia, porque mataré á ese hombre, á quien ya detesto.....

—Vamos, Manuel, cálmate, le dijo Teresa dándole su mano y sonriendo; lo que te he dicho ha sido para probar tu amor. Ahora estoy persuadida de que me quieres, y te diré que no me he casado, y que solo pensaba en tí.... Ingrato! ya verás lo que he sufrido. Qué! ¿no conoces en mi rostro los martirios de mi alma?

—Teresa, eres capaz de volverme loco, contestó el capitán.... No me vuelvas á atormentar así.... dime la verdad.

—Ahora te la puedo decir: desde que murió mi madre, quedé huérfana y entregada al cuidado de un tutor; este, en los principios, me trataba bien; mas despues me comenzó á celar y á oprimir: últimamente, es decir, hace seis meses, me declaró que me amaba y que deseaba casarse conmigo: yo resueltamente le dije que no; pero es un hombre de un genio feroz y orgulloso hasta el extremo: con su riqueza y el favor que goza con las gentes influentes, le parece que nada puede resistirle. Conociendo esto, me he valido de la astucia; lo he tratado mejor; él ha concebido algunas esperanzas, y con esto me da gusto en cuanto quiero. Ha condescendido en llevarme al paseo, al teatro, al baile donde te encontré, Manuel, y en donde tenia cierto presentimiento de encontrarte, porque mi corazon me decia que México seria para mí el lugar

donde hallaria la felicidad. Ahora, lo que se necesita es que tú apeles á la justicia, porque debe haber justicia para proteger á las mujeres desvalidas; que me saques de su poder, le reclames mis bienes, y despues.... si me amas....

—Si te amo, Teresa!.... Júrame que serás mi mujer.... Nos casaremos.... es lo primero que debemos hacer. Yo buscaré un eclesiástico á quien confiar nuestro secreto; él nos casará, y yo podré entonces reclamarle con derechos que nadie me podrá negar. En cuanto al dinero, yo no quiero nada mas que á tí....

—Dices bien, Manuel, conozco tu desinterés; pero ¿será justo que los cuantiosos bienes que me dejó mi madre, se queden en poder de este hombre, que ha sido mi verdugo? Yo te contaré toda mi historia, y verás si tengo razon.

—Haré lo que tú quieras, Teresa de mi corazon, exclamó el capitán; pero sobre todo, la idea de casarme contigo me vuelve loco, me enajena.

Manuel, recobrando su buen humor, comenzó á saltar como un chicuelo en la pieza: rió, bailó, tomó las manos de Teresa y las cubrió de besos; acarició sus mejillas; y luego, sentándose de nuevo junto á su querida, limpió sus ojos que estaban algo humedecidos, y le dijo:

—Soy muy feliz, Teresa..... Decididamente seré ahora hasta buen cristiano; y despues de ser muy dichoso en esta vida, lo seré en la otra.... Gracias, Teresa; gracias, vida mia.

Teresa, llena de júbilo, miraba complacida y silen-

ciosa las locuras de su amante, y decia para sí: seré muy feliz con Manuel; tiene un excelente corazon, y me ama mucho.

—Bien, Teresa, hablaremos formalmente.

—Diga vd. lo que quiera, señor capitán; le dijo Teresa con tono chancero.

—Hoy veo al cura, á mi amigo el gobernador, al presidente, á todo el mundo; el caso es que mañana á las nueve venga aquí mi Teresa á ser mi esposa: no haya miedo, muchacha! te quiero mucho, y has de ser feliz. En cuanto al dinero, lo reclamaremos si quieres, pero será para tí: yo cumpliré con entregarte mi pobre paga de capitán, y ser tu amigo, tu compañero, tu amante, tu esclavo: ¿estarás contenta?....

Teresa sonrió, con esa dulce satisfaccion que se apodera de la mujer que se cree verdaderamente amada, y dijo con una voz amorosa:

—Lo que tú hagas, lo doy por bien hecho; mañana vendré á esta hora, y... tú harás lo demas: por hoy, es preciso retirarme; la menor sospecha de mi tutor nos seria funesta. Así, adios, Manuel.

—Adios, Teresa, adios.

—La jóven se cubrió el rostro con su velo, y salió.

Adios, ídolo mio! repitió el capitán, espiondo por la hendedura de la puerta á su querida, hasta perderla de vista. Despues entró, y tomando su sombrero y su capa, salió tambien, cerrando la puerta por fuera y diciendo: «Si de esta hecha no me muero de alegría, digo que viviré eternamente. Mañana me caso; pero hoy parece que sueño todavía.»

VII

Explicaciones.

Los albaceas y los tutores han sido, son y serán siempre unos bichos dañinos. Un refran dice: *que mas se quiere lo que se cria, que lo que se pare*; y como los albaceas y los tutores crian el dinero de sus menores, es claro que lo aman mas, y lo aman hasta tal punto, que cuesta infinito trabajo que se desprendan de él. ¿Qué hace, pues, una niña, unos varones que quedan en edad tierna, huérfanos, y cuyos bienes y educacion quedan confiados á un hombre desconocido, y tal vez extraño absolutamente para ellos? Las leyes los protegen, es verdad; ¿pero una jóven, un niño que va á la escuela, están en el caso de entender las leyes, cuando apenas las comprenden los mismos abogados? ¿Qué valdrán los recursos de unos seres débiles, extraños á las intrigas del foro y á las maldades sociales, contra la influencia de un hombre en posesion ya de un gran caudal, con el que puede ablandar la integridad de los jueces, mover la fastidiosa elocuencia de un

abogado, y torcer la fe del escribano? Todo esto se dice, bajo el supuesto de que los jueces se puedan formar una idea exacta de parte de quién está la justicia; de que los abogados tengan elocuencia y los escribanos fe; y de que todo ese embrollo de leyes romanas, góticas y mexicanas, que forman un caos, pueda llamarse legislación.

Resulta, pues, un hecho, y es, que cuando el albacea ó tutor es hombre venal, los menores se quedan en la indigencia; cuando el albacea ó tutor es hombre de regular educacion y moral, los menores cogen una parte de lo suyo; y cuando, en fin, el albacea es hombre de esos devotos y ascéticos, que deseando ganar el cielo andan en buenos coches, sobre esta tierra miserable, quizá para no ensuciarse los piés con su vil y despreciable polvo, los menores gastan, sin su voluntad, en lo que se acostumbra llamar obras pías, que es acaso lo que menos tienen. Por final resultado, los menores siempre reciben mermado su caudal; y como lo menos de que se ha cuidado es de educarlos para el trabajo y para que sirvan bien á su patria con sus bienes y su persona, los menores, cuando han llegado á su mayor edad, derrochan su caudal y se quedan en la miseria. Para mi modo de ver, la fatalidad con su mano de hierro, como diria un romántico, pesa sobre estos entes equívocos, sobre estos fetos sociales que necesitan, segun las leyes, un período larguísimo para desarrollarse y formarse.

Hay mil cosas que pasan inadvertidas, y que deberían vigilarse por el gobierno: cuando pensamos al-

gunas veces sobre política, lo que muy raras veces sucede, nos figuramos al gobierno como al padre de una gran familia; ¿y como tal, no debería tener cuidado y vigilar el que ninguna persona estuviera sujeta, ni remotamente, á la arbitrariedad y á la injusticia de otra? ¿Por qué no se establece un tribunal, compuesto de hombres íntegros y doctos, que cada año, por ejemplo, examine el curso de esos ruidosos pleitos de padres é hijos, de tios y sobrinos, de albaceas y menores, de tutores y tutelados; y que este exámen no sea ni para fallar, ni para ingerirse en las operaciones de las autoridades, ni para embrollar con dilatorias y trámites, sino para cerciorarse simplemente, de si hay legalidad, arreglo y buena fe en la secuela de los negocios, para enderezar la justicia á favor de los débiles, para proteger á los que, sin la fuerza, sin los elementos, sin la instruccion necesarios, pleitean con los que tienen astucia, dinero y mala fe?

El albacea y tutor de Teresa era uno de esos hombres avaros, corrompidos, infames, para quienes ningun medio era malo, con tal de que diera un resultado favorable á sus miras: dedicaremos algunas líneas para que el lector tenga toda la inteligencia necesaria de los hechos sociales que nos hemos propuesto referir.

La madre de Teresa enviudó á los pocos meses de haberla dado á luz, y quedó dueña de muchas riquezas, porque su marido, que la adoraba, la nombró albacea de su hija. La madre procuró conservar los bienes, pensando que con la educacion virtuosa y reco-

gida que daba á su niña, le dejaria dos caudales en vez de uno: no pensaba la pobre madre, que á veces las riquezas son fuente de desgracia para los jóvenes. Nunca pudo la madre venir á la capital, y vivió retirada en una de sus haciendas, cerca de San Luis Potosí: así Teresa, con el aire libre y saludable del campo, se desarrolló físicamente, con la pompa y hermosura con que crecen las flores silvestres. El padre, se nos habia olvidado decir que era español, y entre otros bienes poseia algunas fincas en la Habana. Tenia Teresa quince años, cuando la madre se vió atacada de una grave enfermedad de nervios: todos los mejores médicos de San Luis, y aun muchos de la capital la asistieron; y un día, reunidos en sus temibles juntas, decidieron que la enfermedad no tenia mas remedio que viajar por el mar, y radicarse por algun tiempo en un clima cálido. La señora pensó en la Habana; y como cuando un enfermo está grave, cualquier sacrificio para sanar le parece poco, salvando todos los obstáculos imaginables, dispuso el viaje, llevando consigo á su hermosa Teresa.

Tiempo hacia que procuraba ganar su confianza un hombre al parecer lleno de virtudes y de probidad, que confesaba y comulgaba cada ocho dias, y que instruido en los negocios de campo, podia ser de la mayor utilidad; este hombre se llamaba D. Pedro, y como era bastante hábil, logró, por medio del confesor de la señora, quedarse encargado del manejo de los bienes.

A los tres años, suspirando siempre la madre por su patria, y ya mucho mas restablecida su salud, dejó

la isla de Cuba, y volvió en union de su hija al pequeño pueblo donde tanto tiempo habia vivido. Don Pedro le entregó muy buenas cuentas; todos los bienes estaban aumentados y en prosperidad: así es, que D. Pedro fué el de todas las confianzas de la madre, y el jefe de la familia; y por su puesto, cuando la madre murió, fué el albacea y el tutor de Teresa, que cayó bajo su exclusivo dominio. La muchacha, como hemos dicho, habia crecido bella como un serafin, y educada por una madre llena de virtudes y de bondad, su alma estaba adornada de las mismas cualidades. D. Pedro pensó que no era mal negocio quedarse con la muchacha y con los bienes; pero habia un obstáculo invencible, aunque muy natural: D. Pedro era viejo, era feo hasta un grado increíble, y Teresa habia concebido ya una pasión por Manuel, joven bien parecido y amable. Don Pedro, aunque ignoraba esto, tomó el partido de encerrar á la muchacha y vigilarla de una manera inaudita, hasta que vencido por el amor, pues D. Pedro se enamoró verdaderamente, consintió en traerla á México: los pormenores de la vida de Teresa los sabremos mas adelante, pues ahora necesitamos seguir al tutor en la aventura que tenemos pendiente.

Celoso, suspicaz, y temiendo con fundamento que su presa se le escapase de sus manos, la dejó ir al baile con un tal D. Antonio, amigo de todas sus confianzas; pero él se disfrazó, y la siguió en todos sus movimientos. La vió hablar y bailar con Arturo; la vió ir á la mesa con el capitan Manuel; la vió triste y llorosa: todo esto aumentó sus desconfianzas, mas

sin poder descubrir por dónde venia el nublado, pues por mas preguntas y astucias de que se valió, no pudo averiguar nada; las mujeres mas inocentes son mas astutas, cuando les conviene, que el mas consumado diplomático.

La mañana que salió Teresa acompañada de una criada, con el pretexto de ir á la iglesia, D. Pedro la siguió disfrazado, de lejos, y vió al capitán asomarse á la puerta de la casa de Mariana, y finalmente, se cercioró de que la muchacha, dejando á la criada á cierta distancia, entró en ella. Su primer intento fué correr, arrojarle á la puerta, y despedazar al capitán y á su pupila; pero queriendo cerciorarse de todo para tomar una venganza clásica, dió algunos paseos por la calle, y despues, mirando abierto el zaguán inmediato á la puerta de Mariana, subió instintivamente. Encontró que la casa estaba vacía, y que la cuidaba solamente una vieja, á la cual dió algunas disculpas y pretextos; recorrió dos ó tres piezas, y al retirarse, notó una tronera, por la cual miró al capitán y á Teresa enlazados con ternura, diciéndose amores, jurando no separarse nunca, concertando su casamiento....

Don Pedro dió algunas monedas á la vieja; le dijo que se retirase á otra pieza, y él cerró la puerta; se tendió en el suelo, y oyó toda la conversacion que ya sabe el lector: los pobres muchachos se creían solos, y parece que Satanás habia dispuesto las cosas de modo que las oyese su mas cruel enemigo.

Don Pedro sufrió mucho; las arterias de su frente reventaban; su respiracion se interrumpia; cada cari-

cia de los amantes era un dardo que le clavaban en el corazon, y hubiera querido tener un rayo á su disposicion, para lanzarlo por aquella tronera sobre la cabeza de los dos amantes: cuando salió de allí, juró por Satanás que tomaria una venganza infernal.

VIII

Un buen consejo.

Cuando D. Pedro entró á la casa, una especie de vértigo infernal se habia apoderado de su cabeza: sus miembros temblaban; dos dientes grandes, únicos que tenia en la boca, asomaban por entre los labios cárdenos, y su cabello, cerdoso y negro por la tinta con que acostumbraba teñirlo, estaba erizado y en desorden. En cada una de las arrugas de su cara, aparecia una línea roja, y sus anchas narices se abrian para dar paso á su respiracion trabajosa. Sin embargo, este hombre tan repugnante, queria ser nada menos que el marido de Teresa.

Subió la escalera de su casa, y gruñendo y regañando á los criados que encontró al paso, se dirigió á su cuarto y se encerró.

Dió algunos paseos por la pieza, como si fuese un tigre encerrado en una jaula: sus ojos veian fantasmas sangrientos; la venganza llenaba su corazon, y hubiera

sido su consuelo supremo, el ver cubiertos de sangre y moribundos, á Teresa y á su amante.

Tenia razon, si puede concederse razon á los instintos brutales y dañados de las pasiones: un gran caudal y una hermosa muchacha se le escapaban de improviso de entre las manos; y sus sacrificios y la constancia de muchos años, iban á quedar estériles; amaba el dinero como un avaro, y á la muchacha como un viejo. Ya se comprenderá que estas dos pasiones tan fuertes, tan enérgicas, engendraban en este caso la de la venganza: su primer pensamiento fué llamar á Teresa, asesinarla, y fugarse en seguida. Así, pues, buscó unas pistolas, sacó un puñal, desenvainó una espada; finalmente, recorrió todas las armas que tenia en su cuarto, pensado al tiempo de mirarlas, escoger la que causara mas tormentos á Teresa; pero despues las arrojó con desden, y exclamó golpeándose la frente:

—Y él?... No; es preciso que los dos sufran mi venganza.... ¿Y si la justicia se apodera de mí, y embargan mis bienes, y me encierran en una de esas infames prisiones de México?... Si yo encontrara un medio de aniquilarlos sin comprometerme.... Oh! daria mi alma á Satanás.... con tal de que mi venganza fuera terrible, inaudita.

Don Pedro se arrojó en su catre; se retorcia como una culebra, y mordía las almohadas, de rabia y de desesperacion. Despues se quedó un poco quieto, meditando profundamente en los medios que deberia poner en planta para lograr al menos quedarse con el dinero de su pupila.

El ruido de tres golpes suaves que sonaron en la puerta, lo sacó de su éxtasis satánico, y precipitadamente se levantó; se compuso el vestido y el cabello, recogió las armas que habia esparcido por el suelo, las colocó en su lugar, y procurando dar á su rostro un aire de calma y de serenidad, fué á abrir: Rugiero se presentó.

—Mucho me alegro de ver á vd. por aquí, amigo mio; pase, y tome asiento, le dijo D. Pedro.

Rugiero era antiguo amigo de D. Pedro, y el mismo que le habia aconsejado la conducta hipócrita y sumisa que debia guardar cerca de la madre de Teresa. D. Pedro le conocia de muchos años atrás, y lo habia escogido como su banquero; su influjo era tan grande en el alma de nuestro albacea, que cuando hablaba con él, quedaba fascinado, como el pájaro con el aliento de la serpiente.

—Decia, continuó el albacea, acercándole un sillón, que me alegraba mucho de ver á vd....

—Por qué? interrumpió Rugiero, sentándose con el mismo desenfado con que lo habia hecho en la casa de Arturo.

—Porque hoy tengo un asunto grave entre manos.

—Oh! ya adivino poco mas ó menos.... la niña estará enamorada, y....

—Sí, sí, algo de eso; pero....

—Y querrá naturalmente llevarse consigo todo el caudal.

—No precisamente todo, contestó D. Pedro, afectando indiferencia, pero sí alguna parte.

—Y despues de tantos años de acercar la escupidera á la madre de Teresa; de hacer los oficios de un vil criado; de refrenar las pasiones y poner una cara de santo, y confesar y comulgar cada ocho dias, os quedareis en la miseria, reducido á pedir de limosna las migajas sobrantes de la mesa de Teresa, y los pantalones inútiles de ese capitan calavera y disipado....

—Es verdad, es verdad, exclamó D. Pedro con los ojos encendidos de cólera; todo esto me va á suceder....

—Porque naturalmente, en cuanto se case el capitan reclamará los bienes de su mujer, y vendrán los escritos, los abogados y los escribanos; y como la muchacha es bonita, sus ojos tendrán con esa gente tanto influjo como vuestro dinero.

—Oh! esto es atroz, exclamó D. Pedro.

—Y os quedareis pobre, yo os lo predigo; y además, ¿quién os libertará del tormento que os cause el considerar que Teresa y el capitan, ya casados, se entregarán á su amor, y que en la noche se reunirán para acariciarse, para decirse que se quieren, y que la aurora los sorprenderá abrazados, tranquilos y felices, mientras vos quizá teneis hambre y teneis celos?

—Oh! eso es peor que el infierno, exclamó D. Pedro, cerrando los puños y dejándose caer convulsivamente en un sillón.

—Vamos, responded, amigo mio, dijo el hombre del Paso de Calais.

—Mi resolucion está tomada: los mataré á los dos. Rugiero soltó una estrepitosa carcajada, y dijo:

—Esa es una tontería: ¿y la cárcel, y los jueces, y

los abogados? Entonces el tormento será para vos, porque ellos, una vez muertos, cesan de padecer; pero....

—Pero, ¿qué hacer entonces? preguntó D. Pedro.

—Qué hacer? replicó Rugiero.... vengarse..... pero procurando la impunidad....

—En esto pensaba yo cuando entrásteis, amigo mio. Dadme una idea.... un plan.... os daré lo que queráis....

—Daríais, por una venganza, vuestra alma á Satañás?

—Sí; lo daría todo, mi cuerpo y mi alma.

—No os asustais con esta proposicion?

—Amigo, tengo el infierno dentro del pecho, y en este momento no me asustan, ni Dios, ni el diablo.

Rugiero, con sus ojos de ópalo, se quedó mirando fijamente al albacea: este tuvo miedo, y apartó la vista é inclinó la cabeza.

—Vamos, D. Pedro, le dijo Rugiero, alzad la cabeza: no hay que desanimarse, que todo tiene remedio en esta vida, y no hay necesidad de hacer esas promesas locas: basta obrar, para que el diablo quede contento, sin necesidad de que le prometamos nada.

—Bien dicho! dijo D. Pedro, levantando tímidamente la cabeza y mirando al soslayo á su interlocutor.

—Empecemos por partes: estais celoso?

—Los he visto ábrazados.

—Quereis quedaros con el dinero?

Don Pedro no contestó, pero sonrió amargamente.

—Pues todo se puede hacer.

—Cómo! cómo! interrumpió con ansiedad.

—Teneis un criado mudo.

—Es cierto.

—Se han citado los amantes?

—Para mañana á las nueve, en la misma casa.

—Pues procedamos á obrar.

Rugiero se acercó á la mesa, tomó una pluma y un papel, y escribió: luego que concluyó, pasó la carta á D. Pedro, y le dijo: leed:

—Juraria yo que esta letra es de Teresa, dijo D. Pedro asombrado, y pasando los ojos por la carta.

—Leed, dijo Rugiero, sonriendo.

—Don Pedro leyó.

«Manuel mio: Esta noche te aguardo á las nueve y media, en la calle de... casa número.... Allí estará un padre que nos casará. Si no damos este paso, mañana ya no será tiempo. Recibe el corazon de tu

«TERESA.»

—Pero qué quiere decir esto? preguntó D. Pedro.

—Lo que quiere decir es, que con vuestro criado mudo enviareis esta carta á la casa de la lavandera, donde se hallará dentro de una hora el capitan.

—Sí; pero quiere decir que esta noche acudirá....

—Imbécil, murmuró Rugiero.... y se sentó de nuevo á la mesa, y escribió....

—Tomad y leed, dijo echándole arenilla á la carta.

—Don Pedro leyó:

«Teresa idolatrada: Esta noche, á las ocho y media, procura estar en la calle de... casa número.... Allí estará un sacerdote que nos casará. Tu tutor debe salir esta noche á un asunto muy urgente, á las siete, y

no volverá hasta las once: si no vienes, mañana será ya tarde. Es preciso que el criado de tu casa, que es mudo, y que será quien te entregue esta carta, te acompañe esta noche. Tu amante que te idolatra.—MANUEL.»

—No comprendo todavía, dijo D. Pedro, y antes veo que si se reúnen, se casarán, y todo será perdido.

—Escuchad, D. Pedro, ya que sois tan falto de inteligencia.

—Escucho; hablad.

—Dirigidas estas cartas, es claro que cada uno de los amantes va á la hora señalada: la calle está desierta; la casa está deshabitada, pues en el barrio corre la fama de que espantan en ella: así, aunque haya gritos y ruido, ni serenos ni alcaldes acudirán pronto.

—Y bien, ¿qué sucederá?

—A las ocho y media os envolvéis en vuestra capa; tomáis un par de pistolas, una espada, un puñal, no importa la clase de arma; apartáis al mudo, y vuestra Teresa queda sola: llamáis á un padre; y ó consiente en casarse, ó.... Si consiente en casarse, ya no hay caso; os volvéis con vuestra mujer á gozar delicias angélicas.... si se niega absolutamente, entonces..... dejáis al mudo en una pieza y el cadáver de Teresa en la otra. A las nueve llega el capitán, y en vez de una novia se encuentra con una muerta: la justicia procederá contra él y contra el mudo: al primero, si sobrevive al pesar, le costará largos años de prisión y de martirios; y en cuanto al mudo, como no puede hablar, es claro que lo ahorcarán ó lo condenarán al grillete. ¿Quedaré con esto satisfecha vuestra venganza?

Los ojos de D. Pedro, que se habían ido animando por grados, brillaron con una alegría infinita cuando Rugiero acabó de pronunciar estas palabras.

Rugiero que lo observaba, aunque fingía distraerse en jugar con una campanita que estaba sobre la mesa, observaba las emociones de D. Pedro, y sonreía maliciosamente.

—Y si Teresa desconoce la letra del capitán?

—Ya está previsto eso; la he imitado muy bien.

Don Pedro recorrió la carta de nuevo, y observó que en efecto había una notable diferencia en la escritura de las dos cartas. Esto completó su satisfacción; pero habiendo súbitamente cruzado un pensamiento por su cabeza, dió otro aspecto á su fisonomía, y dijo:

—Sois muy hábil, amigo mio, y me ha divertido vuestro proyecto.

—De veras, D. Pedro? replicó Rugiero con ironía.

—Positivamente, respondió riendo el albacea, y me ha quitado toda la cólera y mal humor que tenía: es ingenioso, en efecto, aunque le faltan algunas precauciones.

—Pero supongo que lo pondreis en planta?

—De ninguna suerte, respondió el viejo. Yo soy así.... en los primeros momentos quisiera asesinar.... pero despues que pasa un rato.... Voy á pensar solo en evitar un escándalo judicial, y esto es todo.

—Bien hecho, D. Pedro, dijo Rugiero con tono de convicción: si yo os propuse este plan, fué por pasar el rato, por divertirme.... pero en la realidad sería infernal si se llevara á efecto.

—Oh! imposible que yo pensara seriamente en eso...

Y que al fin, si los dos muchachos se quieren, vale mas que se casen, y que sean felices. . . . Una transaccion con ellos lo compone todo.

—Todo absolutamente, dijo el albacea con el tono del mas completo convencimiento.

—Vaya! ahora que ya logré calmar á mi amigo, dijo Rugiero levantándose del asiento, me voy. . . .

—Gracias, muchas gracias! le respondió el viejo, tendiéndole la mano.

—Conque hasta otro rato.

—Hasta mas ver.

Rugiero salió diciendo entre dientes: este hombre es peor que Satanás, ó peor que yo, que es cuanto se puede decir.

Luego que Rugiero salió, volvió el albacea á cerrar la puerta, y restregándose las manos con júbilo, dijo: este hombre ha tenido la mas oportuna inspiracion. Teresa será mia, y su dinero será mio. . . . ó si no, tampoco será de ese miserable calavera.

Sonó una campanilla, y á poco entró un criado.

—Llámame á José el mudo, le dijo con voz afable.

José el mudo se presentó al instante: era un muchacho como de veinte años, con una fisonomía robusta y agradable, aunque falta de animacion.

Don Pedro dobló y pegó con lacre la supuesta carta del capitán á Teresa, y acercándose al oído de José, le dijo: Sal á la calle un rato; vuelve luego, y sin que nadie te vea, entrega esa carta á la niña, y vuelve á verme.

El mudo sonrió sencillamente, tomó la carta, y salió. Al cabo de un cuarto de hora volvió á entrar al gabinete del albacea.

—Has entregado la carta á la niña?

El mudo hizo una seña afirmativa.

Don Pedro le dió la fingida carta de Teresa para el capitán, instruyéndolo de las señas de la casa de la lavandera, y lo despachó.

Era ya en esto hora de comer: D. Pedro se sentó á la mesa; nunca habia estado tan amable como entonces con su pupila, á la que le prometió no forzar su voluntad si queria casarse; cuidarle sus bienes y vigilar por su felicidad. No hizo ninguna insinuacion amorosa, y le dió tantas seguridades, que la muchacha estuvo á pique de contarle su historia con el capitán, y pedirle sus consejos y su aprobacion.

Al concluir la comida, el mudo regresó, y con sus señas afirmativas dió cuenta á su amo del resultado de su comision.

Don Pedro, radiante de alegría, se despidió de Teresa, y le dijo que iba á asistir á una procesion.

En efecto, D. Pedro, con una vela de cera en la mano, un gran escapulario en el pecho y con los ojos bajos, recorrió varias calles de México, incorporado en una solemne procesion: todos los que lo veian, exclamaban: ¡Qué buen señor; qué virtuoso!

A las siete regresó á su casa, despues de haber platicado sobre moral y sobre la corrupcion del siglo, con algunos sugetos principales y *cortesanos del cielo y de la tierra.*